

LA DERECHA REFORZADA

LA ITALIA DE MELONI

CECILIA ABDO FEREZ,
INDIANA AZAR Y
ESTEBAN DE GORI (COORDS.)



Martín Cortés, Micaela Cuesta, Fernando Domínguez Sardou, Andrea Fagioli, Ariel Goldstein, Ezequiel Ipar, Mariana Polizzi, Gabriel Puricelli, Camillo Robertini, Hernán Pablo Toppi.



PROGRAMA DE ESTUDIOS SOCIALES Y
POLITICOS ENTRE ITALIA E ARGENTINA

.UBA SOCIALES

Facultad de Ciencias Sociales

La Derecha reforzada : la Italia de Meloni / Camillo Robertini ... [et al.] ; coordinación general de Esteban De Gori ; Cecilia Abdo Ferez ; Indiana Azar. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sans Soleil Ediciones Argentina, 2023.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-3923-22-7

1. Ciencia Política. 2. Sociología Política. 3. Italia. I. Robertini, Camillo. II. De Gori, Esteban, coord. III. Abdo Ferez, Cecilia, coord. IV. Azar, Indiana, coord.
CDD 320.509

LA DERECHA REFORZADA

LA ITALIA DE MELONI

CECILIA ABDO FEREZ, INDIANA AZAR Y ESTEBAN DE GORI (COORDS.)



PROGRAMA DE ESTUDIOS SOCIALES Y
POLITICOS ENTRE ITALIA E ARGENTINA

.UBA SOCIALES

Facultad de Ciencias Sociales

A CIEN AÑOS DE LA MARCHA SOBRE ROMA. LA VICTORIA DE LA DERECHA EN LAS ELECCIONES ITALIANAS Y EL LEGADO DEL NEOFASCISMO

POR CAMILLO ROBERTINI (UCHILE)¹

Las elecciones italianas de septiembre de 2022 han determinado el triunfo personal de la líder de la derecha Giorgia Meloni y de los partidos encabezados por Silvio Berlusconi y Matteo Salvini. La coalición conformada por estas fuerzas ha alcanzado el 43% de los votos y la mayoría en ambas cámaras. No es la primera vez que los tres partidos de la centro-derecha llegan al gobierno; sin embargo, nunca había pasado que fuera el movimiento de Meloni –primero *Alleanza Nazionale* (AN) y hoy *Fratelli d'Italia* (FDI)– el hegemónico dentro de la coalición. Este, el más radical y el más cercano a los discursos anti-vacuna y anti-medidas sanitarias, ha logrado capitalizar el descontento de varios años de gobiernos “técnicos” y de las duras medidas implementadas hasta hace poco en la lucha contra el Covid-19. El resultado de las elecciones marca un nuevo comienzo en la historia política de la península y el definitivo fin del aislamiento de los herederos de Mussolini y del “cordón sanitario” que durante la *Prima Repubblica* (1948-92) los había mantenido alejados del poder ejecutivo.

El auge de una derecha fuerte y orgullosa, en un escenario de crisis del *Partito Democratico* y de los movimientos de izquierda radical, abre escenarios inesperados y poco claros para el futuro de la sociedad italiana.

Este giro de tuerca en la vida democrática se está dando en un contexto peculiar: el cansancio de la ciudadanía que, en general, ha ido sin gran entusiasmo a las urnas (ha votado solamente el 63% del padrón) y el éxito de los discursos de la derecha radical sobre el electorado moderado. Estos elementos demuestran una sustancial falta de preocupación de los italianos frente a la

1 Camillo Robertini (1987) es doctor en Estudios Históricos por la Universidad de Florencia y Siena. Ha sido becario del CONICET, en el Instituto de Investigaciones “Gino Germani” de la Universidad de Buenos Aires, entre 2018 y 2020. Actualmente se desempeña como investigador en el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile. camillo.robertini@gmail.com

“alerta democrática” evocada por distintos movimientos de centro-izquierda durante la campaña, lo cual nos lleva a pensar en la sustancial normalización por parte de los ciudadanos (sobre todo aquellos que todavía votan) por la radical oferta política de Meloni. Es preciso resaltar que el movimiento *Fratelli d'Italia* (FDI) en muy poco tiempo ha dejado de recordar a los electores el opaco y siniestro pasado del *Movimento Sociale Italiano* (MSI) estrechamente vinculado al terrorismo negro de los años '70 o, peor, al régimen de Mussolini, para pasar a transformarse, pese a su discurso radical, en una opción más en la oferta política nacional. En este sentido, el triunfo de Meloni se inscribe en una volatilización del electorado que elige el movimiento o partido de una forma mucho menos identitaria e ideológica que en el pasado. En este contexto se coloca el histórico resultado obtenido por *Fratelli d'Italia*, que escala del 4 al 26% de los votos en tan solo cinco años.

EL PESO DE LA HISTORIA

Mientras escribo estas páginas, se cumplen cien años de la *Marcia su Roma*, el comienzo del régimen fascista, en un país todavía sacudido por las secuelas de la pandemia y atemorizado por los efectos económicos de la guerra ruso-ucrainiana, sumados al estado de alerta por una posible *escalation* atómica. Hace quince años, cuando me inscribí en la carrera de Historia, recuerdo claramente que el fascismo y su parábola histórica parecían algo cerrado. El debate público no se alimentaba de ese pasado y todavía la abjura del régimen propugnada por Gianfranco Fini, el histórico líder del MSI y luego de AN, resonaba como el final de la cultura política neofascista. Hoy, sin embargo, las cosas han cambiado y los fantasmas del pasado volvieron a agitar nuestro presente.

Los meses anteriores al voto han estado marcados como nunca en la historia reciente por una verdadera “batalla por el pasado” entre fascistas y antifascistas, entre defensores del régimen, aquellos que proclaman que *Mussolini ha fatto anche cose buone* y los otros, empeñados en recordar los horrores de la guerra, de la deportación de los judíos y de la suspensión de la democracia.

Surge casi espontánea la pregunta sobre la continuidad del discurso fascista y sobre la posibilidad de considerar a Meloni como una manifestación moderna de esa cultura política. Desde ya, podemos contestar que no: Meloni no es Mussolini. Su elección como presidenta del Partido Conservador Europeo la coloca en un contexto conservador y atlantista, pero no necesariamente autoritario. No obstante, se mantiene en pie la duda acerca del papel que juega el

pasado fascista en su movimiento.

Esta discusión demuestra que, lejos de visiones simplistas, el pasado nunca está muerto y, cuando menos lo esperamos, vuelve a tocar a nuestra puerta. La reaparición de estas narrativas deja en evidencia que, si bien la historia nunca se repite y la nueva derecha no pretende instalar una dictadura fascista, estos movimientos se alimentan de y construyen discursos fascistoide para sus fines electorales.

Meloni, poco antes de las elecciones y ya encaminada hacia un liderazgo claro dentro del campo de la derecha italiana, participó del final de campaña del movimiento neofranquista Vox, en junio de este año. En el escenario de una plaza de toros, la líder italiana, rodeada por símbolos hispanistas y sevillanos, deleitó al público con un discurso fuertemente combativo y disruptivo en español. Dejando de lado el tono moderado de la campaña italiana, recurrió al vasto abanico discursivo de la nueva derecha global, el mismo utilizado por Bolsonaro en Brasil, Milei en Argentina y Kast en Chile: desde la urgencia de salvar occidente de la “ideología de género”, pasando por la necesidad de remarcar los orígenes cristianos de Europa, hasta los peligros de transformarse en países esclavos de la finanzas globales. El conjunto de estas discursividades ha sido sintetizado por la propia autopresentación de Meloni en esa arena: “soy Giorgia, soy una madre, soy italiana, soy cristiana”.

Frente a esta torsión hacia la derecha de la presidente de FDI surgen preguntas e inquietudes destinadas a no encontrar respuestas en lo inmediato: ¿sigue existiendo la derecha moderada?, ¿configuran estas declaraciones una reedición del fascismo?, ¿en qué medida, en cambio, podemos hablar de postfascismo? Finalmente, ¿de qué forma el discurso sobre el pasado ha vuelto a mover los sentimientos y los comportamientos electorales del pueblo italiano?

Las reflexiones en torno a estos interrogantes pueden ser variadas y, en honor a la verdad, no faltaron artículos de opinión de todo tipo sobre el fenómeno. Sin embargo, en este contexto, me parece relevante traer a colación un caso emblemático, una polémica capaz de develar los hilos que componen el complejo entramado.

Durante la campaña electoral celebrada en pleno verano estalló una polémica sobre el pasado de la líder de *Fratelli d'Italia*. La senadora vitalicia Liliana Segre, judía italiana sobreviviente de Auschwitz, interpeló a Meloni por la decisión de haber mantenido la *fiamma tricolore* en el logo de su partido. La pregunta, tajante y directa, abrió una brecha en la discusión pública acerca del legado del fascismo en el partido y del peso que la historia del MSI y el neofas-

cismo todavía juegan hoy día. Hasta aquel momento, casi como si se tratara de una cábala, las referencias al pasado neofascista del grupo dirigente de Meloni habían sido minimizadas por la prensa italiana, con el fin de disminuir el valor disruptivo de su posible victoria. Pese a ello, la pregunta de la sobreviviente del exterminio nazi-fascista ha obligado a Meloni a realizar una declaración pública. La respuesta enviada a Segre fue clara: “no queremos borrar la historia de la derecha italiana; la *fiamma* es parte de nuestra historia”.

Es aquí, pues, que aparece una de las tantas contradicciones del movimiento que se prepara a gobernar el país: si bien el grupo dirigente de Meloni no se declara fascista o postfascista, sino que elige una definición más neutra, la de “conservador”, tampoco acepta la idea de deshacerse de la herencia de símbolos que forman parte del imaginario del neofascismo italiano.

No obstante, puesto que el electorado ha elegido a Meloni por su carisma político y por su capacidad de ser la única líder abiertamente contraria al anterior gobierno de *grosse koalition* presidido por Mario Draghi, ¿por qué no desprenderse del pasado autoritario de su familia política, sino perpetuar la ambigüedad en relación a la misma?

Considero que una parte del éxito de la estrategia electoral de Meloni no se basa en la evocación del fascismo para obtener los votos residuales de los nostálgicos, ni para retomar las pocas y desordenadas políticas que se formaron en el campo de la derecha (como por ejemplo, el corporativismo y la superación de la democracia liberal). El fascismo, en realidad, se resignifica y se reconfigura en la narrativa de la derecha como si se tratara de una bandera, el último baluarte del conservadurismo del nuevo milenio frente al “políticamente correcto” y al “mainstream”. El uso de ese pasado imaginado y de una ficticia alteridad, el nosotros versus la casta, italianos versus extranjeros, fascismo versus comunismo, configura una identidad que se construye por antagonismo.

De esa forma, una discursividad muy poco políticamente correcta, negacionista, que minimiza los crímenes de Mussolini –lo mismo observamos en América Latina en relación a aquellos cometidos por los militares brasileños, argentinos y chilenos– o la utilidad de las cuarentenas y de las vacunas, despierta una parte de la población que, si bien no es fascista o anticientífica, siente una subyacente irritación por los principios igualitaristas y solidarios. El rechazo del “políticamente correcto” frente a una izquierda que en buena medida ha archivado la lucha de clases y que hoy se erige en defensora de causas nobles referidas a los derechos de migrantes, mujeres y diversidades sexuales – que por sí solas no son suficientes – contribuye a incrementar los consensos de

los discursos de odio en los sectores populares cada vez más empobrecidos. La nueva derecha tiene el juego fácil para convocar a los sectores populares contra el relativismo cultural, ya que, en buena medida, estos mismos no perciben la urgencia de la batalla sobre el lenguaje inclusivo y las libertades individuales, mientras viven un abrupto empeoramiento de sus condiciones materiales.

Otra polémica estalló en el momento en el cual, con una nota oficial, Meloni pidió a la prensa que la llamaran “el señor presidente del consejo de ministros” en lugar de “la presidenta”. Esa pequeña nota ha sido un claro mensaje para esa base rencorosa y conservadora que avanza en Europa: nos posicionamos en contra de la “ideología de género” y del “mainstream cultural”.

También la postura del movimiento de Meloni en Europa se inserta en esa autoconstrucción por antagonismo: frente al predominio de lo “políticamente correcto” en Francia y Alemania, la derecha de FDI prefiere a las autocracias de Hungría y Polonia, con las cuales se alía para manifestarse contra los “burócratas de Bruselas” y a favor de la “Europa de los pueblos”.

En este clima político, el pasado neofascista se resignifica y adquiere un papel mucho más importante de lo que había tenido hasta hace poco. La historia del neofascismo se transforma en un motivo de orgullo, en una arma que se ostenta públicamente: la defensa de la *fiamma*, la reivindicación de la figura del viejo líder Giorgio Almirante –vicedirector del diario racista «La difesa della Razza» y luego secretario del MSI– y la apología de los jóvenes neofascistas “caídos” durante los años de plomo. El uso instrumental de la historia logra articular la acción política basada en el orgullo por ese pasado negro. Así, la masacre de las Foibe, acontecida sobre el final de la Segunda Guerra en la Venezia-Giulia, se antepone a las celebraciones de la guerra de liberación partisana. El neo-elegido presidente del Senato, Ignazio La Russa, antiguo representante del MSI, se ha insertado en esa batalla al proponer la celebración del 17 de marzo (día de la formación del reino de Italia en 1861) por oposición a aquella de la Liberación del nazi-fascismo del 25 de abril de 1945, a la cual declaró que no se presentará ya que es una fiesta de la izquierda, no de la República.

Estos constantes desafíos a símbolos y fechas que forman parte del patrimonio de la Italia democrática demuestran el crecimiento de un orgullo “políticamente incorrecto”. Ese orgullo, ha llevado inesperadamente a La Russa a mostrar su estudio a un equipo de periodistas del «Corriere della Sera». Rodeado por estatuas de Mussolini y fotos del *ventennio*, ha expresado públicamente lo que hasta hace poco hubiéramos considerado inaceptable. Probablemente, la

victoria de *Fratelli d'Italia* ha venido a romper la ilusión de que, una vez alejadas, las derechas no volverían a irrumpir en la escena política con sus discursos de odio y su visión deformada de lo que fue la experiencia del fascismo.

No sabemos y no podemos saber de qué forma la nueva coalición de gobierno podrá modificar las instituciones y los equilibrios que garantizan la estabilidad del sistema, aunque ya se hable, por ejemplo, de la transformación de la república parlamentaria en presidencial. Lo que podemos ver es que, en un inédito momento de crisis social que atraviesa horizontalmente a los países occidentales, son las nuevas derechas las que, como nunca en la historia reciente, agitan el fantasma del comunismo y del “políticamente correcto” y cosechan consensos, votos y apoyos entre los sectores populares vulnerables y las pequeñas burguesías empobrecidas.